

A sepia-toned portrait of José Benito de San Martín, a man with a prominent mustache, wearing a dark, high-collared coat. He is shown from the chest up, looking slightly to the right. The background is a plain, light-colored wall.

Adriana Micale y Jaime Correas

José Benito de San Martín,
el hacedor de paisajes humanos



OLMO EDICIONES

OLMO Ediciones

Director

Omar López Mato

Diseño

María Jaeschke

Colaboración

Celina López Mato

Fotografía de tapa

José Benito de San Martín.

Fotografía de contratapa

José Benito de San Martín, de bigotes y en el centro de la imagen, con indígenas guaraníes atentos a la toma. Misiones, Iguazú, Argentina.

S/f. Gelatina de Plata. Colección Correas de San Martín.

Micale, Adriana

José Benito de San Martín : el hacedor de paisajes humanos Adriana Micale ;
Jaime Correas. • la ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Olmo Ediciones, 2016.
118 p.; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-1555-73-4

1. Historia Argentina. 2. Fotografía Periodística. I. Correas, Jaime II. Título
CDD 982

© 2016 OLMO Ediciones

Marcelo T. de Alvear 2261 (C1122AAI) Buenos Aires. Argentina.

olmoediciones@gmail.com

www.olmoediciones.com

ÍNDICE

Prólogo por Daniel Schávelzon.....	13
Primeros pasos. El escribano.....	21
Su propio parque en Chacras de Coria.....	31
Exportador de uva en fresco.....	41
Experiencia en la función pública.....	51
El Parque Aborigen.....	55
Intendente visionario.....	61
El sueño de un Plan Regulador.....	79
Un acuario que nunca vio.....	95
Fotógrafo estereoscópico.....	101
Trágico final.....	107
Agradecimientos.....	111
Bibliografía.....	113

PRÓLOGO

José Benito de San Martín:

La coherencia de un empresario y un político mendocino

Daniel Schávelzon

Hay un viejo refrán popular que dice “nada es más inútil que regar en el desierto” Puede ser verdad, pero no siempre, porque la naturaleza humana, y la otra, la que se riega, son versátiles y las cosas nunca son iguales dos veces. Sí es posible regar en el desierto, y si así no lo fuere muchas cosas no existirían, no estarían aquí. Quizás gran parte del desarrollo de la cultura humana consiste en regar en el desierto. Si no hubiera habido quien los regara estaríamos aun en la Edad Media, o mucho antes.

José Benito de San Martín fue un hijo de su tiempo que regó el desierto mendocino. Como miembro de la Generación de 1880 tuvo todas sus ventajas pero también cargó con todos sus problemas; fue parte integral de ella y no pudo o no quiso despegarse de esa época, incluso cuando mucho más tarde le tocó su gran época de funcionario (1941-1944), siendo intendente de la ciudad, en un mundo que había cambiado profundamente, Fue siempre un hombre que mantuvo en alto los valores de su época, una manera de ser, de comportarse, de relacionarse,

de organizar el Estado, sus propios bienes y los bienes de todos. Era una generación que sentía como derecho propio, ganado, el tomar decisiones para y por todo el país que veían crecer en torno a su proyecto. Si algo hay que destacar antes de comenzar a estudiarlo, como lo hacen los autores, uno de ellos incluso sucesor de su familia, es su coherencia más allá de lo rápido que giraba el mundo. Hubo un proyecto y todos se agruparon alrededor de él.

Graduado en 1894 viajó a continuar su educación en Buenos Aires como era tradicional para los jóvenes con aspiraciones y pertenencia social. Poco después se casó con una futura heredera de un gran emprendimiento vitivinícola -a lo que dedicaría buena parte de su vida y que fue la fuente de sus ingresos principales-. Viajó de joven tres veces a Europa por largos períodos, se asombró de la diferencia entre los países que visitaba y su querida Mendoza y entendió que había que regar en el desierto. No fue el primero ni el último, varios de sus pares ya lo hacían y vio la importancia y las posibilidades que en eso habría. El roquismo estaba abriendo el país hacia rumbos inesperados, la provincia había establecido su base económica ya no en la agro-ganadería sino en la vid y el vino, el ferrocarril era el futuro para el abaratamiento en la exportación, el indígena había sido exterminado y el desierto no tenía límites para la nueva mirada expansiva aunque las tierras de De San Martín no eran justamente esas. Así sus viajes sirvieron de esparcimiento, familia y estudio, a la vez que creaba relaciones con los expertos en la materia; tomaba fotografías estereoscópicas -novedad absoluta- o iba a divertirse

viendo volar los primeros aviones, pero a su vez hablaba con Jules Vacherot, el gran maestro de la jardinería francesa, sobre futuros parques en la lejana Mendoza. Era un joven notable sosteniendo ideas de la nueva generación. Leyó y aprendió todo lo posible sobre agronomía, horticultura, paisajismo. agricultura, indudablemente estaba poseído por el tema y eso fue determinante en su vida y su trabajo. Imaginar el crear parques en el desierto mendocino era una aventura intelectual a la que pocos se animaron a penetrar.

Pero como toda su generación, el mundo se organizaba a través de una red de relaciones interpersonales: los amigos, los que pertenecían a su grupo social y empresarial, serían determinantes de toda su actividad. No era él, era su tiempo, era una generación que funcionaba así; era un grupo conjunto hermanado por pertenencia y hasta que llegó el momento final de su vida, cortando trágicamente su obra, siempre sus acciones habían seguido siendo de grupo: sus beneficios, sus esfuerzos, sus logros. Quizás por eso su obra fue poco recordada y casi nada material queda de lo mucho que hizo. Este magnífico libro es ejemplo de ello: termina con una enumeración de destrucciones, olvidos y desdibujo; como si fuera una venganza histórica con quienes fueron hijos de su tiempo. Lo que quedó, además de la memoria, es este conjunto impresionante de casi siete mil negativos de vidrio, una colección realmente excepcional en el país. Es decir, no quedó lo material sino lo virtual, lindo ejemplo en el presente.

Fue Director de Parques de la ciudad e impulsó plantar árboles, cuidarlos, establecer formas de riego; hizo su propio

parque -proyectado por Vacherot y único en el país, destruido con lago y gruta, continuó, amplió y creó parques y plazas. La Mendoza verde actual le debe mucho a sus esfuerzos. También hizo esfuerzos en su actividad privada, la uva, para diversificarla y crear nuevos mercados con experiencias notables que el futuro olvidó agradecer, como introducir la tecnología del frío en un producto antes imposible de mantener. Eso fue mucho trabajo de investigación y experimentar una y otra vez. Pero los logros crecían gracias a las redes tejidas de amigos: traslados en ferrocarril sin costo, precios bajos para exportar, o apoyar económicamente a quienes investigaban. Así logró tener varias fincas y su Parque Angélica maravilloso, un verdadero oasis ya desaparecido.

Este libro de Adriana Micale y Jaime Correas nos presenta a ese De San Martín emprendedor, con constantes cargos públicos, ya que fue desde Diputado Provincial a director de bancos y de rentas provinciales, con lo que consolidó su posición y su futuro, sin dejar de ser un fuerte empresario. El impulsor de asociaciones civiles para promover a las empresas dedicadas a su tema; como parte de su generación, no veía el por qué debía desligar sus intereses privados de los comunitarios, la nueva idea de funcionarios públicos cuyas actividades privadas no están reñidas con su función, no existía siquiera. Entender esos años y sus actores implica comprender la intensa, interminable acción de este hombre que no vio el final del grupo conservador en el poder, o no pudo o no quiso verlo; era parte de otro tiempo, de otra manera de actuar. Para muchos de sus contemporáneos la Primera Guerra Mundial (1914-1919)

había destruido las creencias de la generación, Europa mostraba sus fisuras y se mataban entre los que debían ser los grandes ejemplos. Pero no todos lo vieron así, para muchos ese mundo del Centenario seguía vivo y el rol protagónico de las elites no lo iba a destruir el yrigoyenismo. Menos aun después, y durante la llamada Década Infame (1930-1943) fue en la que creció, se desarrolló, donde alcanzó su máximo en la vida. Pero él no la creó, creció dentro de ella: comenzó con Roca y terminó con el golpe militar de 1943, no debió ser fácil vivir esos años. Y cuando sobre el final el gobernador Adolfo Vicchi lo designó intendente, en 1941, tras una notable tarea de muy pocos años falleció trágicamente.

Hay ejemplos que esbozan personalidades: nada mejor para entender a De San Martín que el proyecto del Plan Regulador de Mendoza, obra monumental si la hubo aunque quedara en proyecto, nadie suponía su muerte.

Modernizar la ciudad, transformarla, incluir espacios verdes de grandes dimensiones, cambiarla de raíz si eso fuera posible, y si no al menos introducir modificaciones permanentes que la transformarían en una dinámica ciudad del siglo XX, no en una herencia crecida del XIX. No sabemos qué tenía en mente, cómo imaginaba el futuro este hombre de sesenta años: pero el mundo había cambiado mucho y en todas partes, y aunque uno quisiera mantener sus ideas y formas de pertenencia social, la realidad a veces no lo dejaba y eso era bueno. Su añorada Europa juvenil estaba viviendo una segunda guerra mundial, el mundo de las colonias se había derrumbado hacia mucho, su Francia ya no era la misma.

Durante su intendencia Francia se debatía invadida por el nazismo que entró en París en 1941 (el país estaba ocupado desde 1939) y no llegaría a ver su desocupación. Y él mismo había pertenecido a grupos de derecha nacionales porque su grupo social lo había hecho, porque era la moda juvenil, porque había que pertenecer y porque ahí estaban otros, aun era ese mundo. Eso es lo que queremos decir del comportamiento grupal que caracterizó a su generación. Y así actuó con el Plan Regulador, su gran proyecto final.

Ese plan había nacido apenas subió a su cargo porque era la posibilidad de imaginar la ciudad del futuro, realmente extraordinario. Y para eso estableció contacto con varios arquitectos notables: Fermín Beretebide que hacía conjuntos de viviendas sociales en Buenos Aires. Alberto Belgrano Blanco que era funcionario del Ministerio de Obras Públicas de la Nación y fue parte de grandes obras en Mendoza, y los uruguayos Mauricio Cravotto -proyectista notable- y Juan Scasso que fue intendente de Montevideo. Era un grupo impecable para asesorarlo, viajaron una y otra vez, generaron la idea en conjunto, era magnífico que un funcionario eligiese asesores de tan alto nivel. El problema fue que hubo que llamar a concurso, pero ganó el grupo de los cuatro citados, quienes no debieron haberse presentado según las normas éticas actuales: no se puede escribir las bases y luego presentarse. Eso no quiere decir que su proyecto no pudiera haber sido el mejor, quizás lo era para el jurado, quizás era el más adecuado para su tiempo, quizás primaba una mirada más conservadora y no de cambios abruptos, eso lo juzgarán los expertos. Pero el tercer lugar lo tuvo el ultra moderno

Grupo Austral entre los que figuraba el suizo Pierre Jeanneret, primo y socio de Le Corbusier, sin duda el más brillante y conocido arquitecto del mundo. Y junto a ellos había un conjunto de arquitectos nacionales que tenían larga experiencia en el tema ¿Lo sabían los jurados e hicieron su evaluación sin tomar en cuenta los antecedentes? ¿El fallo se hizo con absoluta certeza y fue justo? Pero eso desató impugnaciones y una polémica que llegó a la actualidad en la historia del urbanismo nacional.

El abrupto final de la Intendencia se produce con el golpe militar del GOU en 1943, y eso dejó todo de lado. El país volvía a cortarse y comenzar de nuevo, la Década Infame dejaría paso a una etapa de oscurantismo absoluto, de militarismo obscuro en que los gobiernos anteriores, desde Uriburu a Castillo, quedarían como un lejano pasado. De San Martín no logró ver la etapa siguiente, tan enfermo que hasta intentó suicidarse, y la muerte llegó enseguida.

De San Martín fue un hombre de acción y pensamiento que hoy vemos como surgido del roquismo y llegado a los tiempos iniciales del peronismo (cuando fallece, Perón ya era Vicepresidente y había sentado las bases del golpe militar que lo alejó de su cargo). Fue coherente en su vida privada y pública, imaginó un futuro posible de una sociedad en que un grupo estaba predestinado a dirigir los derroteros de su provincia y del país. La realidad le iba demostrando que así era lo que sucedía, o al menos lo que se imponía. Estuvo inmerso en esa manera de pensar, de vivir, de regar un poco más el desierto en el que le tocó vivir.



Una de las pocas fotografías de José Benito de San Martín joven. C 1908.